

profetas antes de la venida de Inkarrí?... que  
Apu Yanahuara, soy uno de ellos?... Gracias,  
gracias por haberme escogido... Pero, espe-  
ra, oigo voces, parece que se acercan mis  
ojos, ahora que siento que un nuevo rayo  
vaya de tocarme... Pero... ¿qué...? ¿Qué  
hago conmigo, Padre?... ¡Oh!, una arañita  
soy ahora que tranquilamente sube por  
mientras abajo los curas, los guardias,  
los presos, ¡Escapó el prisionero! gritan y re-  
comprenderlo los grilletos intactos, los  
ojos sin abrir, los barrotes sin forzamiento...  
Escapó el inquisidor mayor que acaba de  
con otros hombres de caperuza, gritonea  
ahí, que ahí estaba la prueba de que yo  
estoy en camino, que por qué no me sacaron antes  
que los demás reos esperaban afuera... Yo me  
salgo por entre las tejas del techo,  
gritando, Padre, que en un hermoso halcón  
por las horas me estoy transformando, y recién  
cuenta también que yo mismo nomás soy  
Apu Yanahuara, el dios montaña, que  
con su misión se hizo hombre.

## Nuestro Gápaj

Desde Chuyas, un cerro en forma de ushnita, se ve clarito, hija, en la cima de una montaña de nieve, la figura de un puma con las fauces abiertas, paradas las orejas puntiagudas de gato, desplegadas sus enormes alas de cóndor y amenazantes unas zarpas como cabezas de culebras... Esa dizque es, pues, la verdadera figura del gran Gápaj, nuestro dios. Sus ojos son el relámpago, su voz el trueno, sus orines la lluvia.

Cuando pecamos y le causamos ofensa, feo nos resondra, tronando entre las nubes, soltando rayos o mandándonos lluvias torrenciales y granizadas.

Su fiesta se celebra todos los años en el mes del hatun aimoray killa en la cumbre de ese cerrito de donde se le ve. Mucha gente va en peregrinación, porque dicen que hay que cumplir la tarea de ir cuando menos una vez mientras estemos vivos. Yo fui siendo muchacha todavía, la fiesta se llama el Yachacuy. De todas partes

iban, de Quiches, de Ullulluco, de Umbe y de los ayllus lejanos de la otra banda del Marañón.

Los que íbamos de este lado teníamos que caminar por unas feas laderas, agarrándonos agarrándonos de las aransachas, esas plantitas enanas, puro palo, sin ramas y sin hojas, que crecen en los roquedales de los barrancos. Al fondo pasaba el río llamado Ajtuy, que, saliendo del interior de una montaña, corre por esa bajada formando pacchas y chorreras.

Cruzando ese río empezaba la cuesta y también la penitencia, porque ahí todos, desde el más chico hasta el más grande, tenían que cargar un buen trecho, solo o ayudándose, el Aya Rumi, una piedra de regular tamaño que tiene forma de mujer, y quien es la que espera dízque a nuestro espíritu en la otra vida, en el cruce de un camino, preguntándonos, ¿Has venido alguna vez a la fiesta del Gápaj?, ¿le has hecho ofrendas? Si le decimos que no, nos señala un camino cualquiera para seguir pero no el gápaj ñan, el camino de Dios. Por eso algunas almas se quedan perdidas, vagando sin descanso, llorando en las quebradas, por las punas, por los sitios feos, con su ropa todo shilpienta, rotosa, de tanto andar. O si no van a dar derechito al supayhuasi, la casa del demonio en el ukhu pacha.

El Aya Rumi pesa según los pecados, hija, para unas más, para otros menos; por eso los que

no pueden cargarla, ya saben que están llenas de faltas, y tendrán que hacer ayunos, sacrificios, penitencias.

Ya te dije que la fiesta se llama el Yachacuy, que quiere decir 'aprender', porque en la cumbre, a donde después de cargar las piedras se llega bailando, es permitido que los maqtas y las pasñas aprendan a amarse, a estrechar sus cuerpos jóvenes sobre la madre tierra, ayudando de ese modo a que la Pachamama recupere sus fuerzas, aumente sus energías, para que después crezca alta la grama, los árboles sean grandes y cosechemos buenas papas, hinchadas mazorcas.

Vieras cómo los maqtas, hija, después de haber aprendido a gozar del amor, abrazados a sus chinas, rompen eufóricos sus poronguitos de chicha o sus botellas de huashco, lanzando ¡ajes!, vivas al gran Gápaj y a la Pacha Tierra.

Y como respondiendo a esa alegría, ese ratito de lo que está calmado el cielo, empieza a tronar de un de repente, y ahí nomás se desata la lluvia, que es recibida con júbilo, con vivas por todos, porque esa es la señal del Gápaj de que está contento y que todos debemos seguir alegrándonos. Algunos dicen que los relámpagos clarito se ve que salen de los ojos de la figura de nieve y que la lluvia también sale de su entrepierna, medio arqueándose como un chorro, al alzar una de sus patas de sierpe.



Cantando, bailando, nos revolcamos en ese barro hombres y mujeres, sin dejar de hacer reverencias y alabanzas al Padre.

Allí, en la fiesta del Yachacuy, fue que te concebí, hija. Tu padre era un joven de Pachavilca, a quien luego de esa vez nunca más volví a ver. Arpista dicen que era, por eso será que a ti mucho te gusta cantar versos. Cancionista como él habrás salido.

Apenas nos vimos en medio de la fiesta, ambos nos aficionamos, y en el momento en que era hora ya que los jóvenes hagamos la ofrenda del Yachacuy, él y yo bailábamos enganchados por los brazos junto a todos los demás, haciendo venias al Gápaj. De un de repente alguien dio la voz que los maqtas eran halcones y las pasñas, palomas, y que desparramándonos las palomas escapáramos. Entonces las mujeres corrimos ladera abajo, a escondernos entre los arbustos o peñas, tratando de no dejarnos agarrar, pero no muy lejos el pachavilqueño me alcanzó, y cumpliendo con el mandato divino, ya entradita la noche, cuando la mama killa recién salía, hicimos siembra con su bendición.

Y ese año fue buen año, hija, hubo abundancia de lluvias, buenas cosechas y aumento de ganado, no como en estos tiempos en que faltan las comiditas, hay hambruna. Y eso es porque ya no es como antes. Dicen que ahora en Chuyas

abundan ferias, hay negocios y los curas han puesto sus santos... Siendo así, no vale la pena que vayas. Después de todo, así no alcanes el Aya Rumi, ya tienes la bendición de nuestro Gápaj, porque eres hija de su festividad.